

El trabajo en la perspectiva bíblica

Prof. Dr. Eduardo Arens
Lima/Perú

Para el pueblo hebreo el trabajo no era objeto de reflexión. Era asumido como normal, como parte de la vida humana. Para realizarse como persona se trabaja. Para el sustento cotidiano hay que trabajar. Y para el “progreso” es necesario el trabajo. Por eso, la visión que tenían sobre el trabajo no está plasmada solamente en determinados pasajes bíblicos donde se mencione expresamente, sino que hay que verla a través de otros aspectos antropológicos, y éstos desde la perspectiva teológica. Pero, por razones de espacio, nos limitaremos al trabajo en sí.

La Biblia es un compendio de sabiduría, en gran medida debida a su particular apreciación de su Dios. Es desde esa relación con Él que en la Biblia se juzga el comportamiento humano –lo que por cierto incluye el trabajo. ¿Quién cuestionará la sabiduría humanista de un precepto como aquel en Deut 24,14-15: “No explotarás al jornalero humilde y pobre, ya sea uno de tus hermanos o un forastero que residen en tu tierra, en tus ciudades. El mismo día le darás su salario, y el sol no se pondrá sobre esta deuda, porque es pobre y de ese salario depende su vida. Así no clamará contra ti a Yahvéh, y no te cargarás con un pecado”? O la advertencia en labios de Jesús, “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?” (Mc 8,36).

Hay valores fundamentales que no han perdido su vigencia, valores como la justicia, la verdad, la solidaridad, la honra, que coloran las actividades y las relaciones humanas. Hay prioridades que, hoy igual ayer, son constructivas, como otras son destructivas: la familia, el amor, la dignidad, la vida misma. Y la Biblia nos conduce a reflexionar sobre estos, y nos invita a repensar las actividades laborales desde ellos. Y es que el hombre no es solo un *homo faber*, actor, sino lo que lo distingue es ser precisamente un *homo sapiens*, pensante.

I. ANTIGUO TESTAMENTO

Hay dos bloques en el AT en los cuales el trabajo es expresamente tema: los relatos de creación y la literatura sapiencial. Toda reflexión bíblica sobre el trabajo empieza obligadamente por los primeros capítulos del libro de Génesis, donde la vida del hombre es vista en su relación con la creación, lo que incluye sus actividades sobre ésta. Es por allí que empezaré.

1.El hombre en la creación

Hay dos relatos de la creación, de diferente origen y con diferentes enfoques. El primero que encontramos en la Biblia es aquel constituido por Gén 1,1-2,4a, llamado “sacerdotal”. El segundo, llamado “yavista”, viene a continuación, seguido éste del conocido relato del “pecado de Adán y Eva” en el Edén. De éstos, el segundo relato es, cronológicamente, el más antiguo.

Génesis 1

El relato de Gén 1 está centrado en el hombre. Los momentos de creación apuntan a su culminación en el hombre. La creación está a su servicio: “Vean que les he dado toda hierba... todo árbol...” (v.29). De él no se dice, enfatizando, que fue hecho “a imagen” de Dios: “a nuestra imagen, como semejanza nuestra... Creó (pues) Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó” (v.26s). Eso significa que en el hombre hay algo muy particular que lo distingue del resto de la creación, y de alguna manera está vinculado vivamente a Dios, pues es su “imagen”.

¿En qué consiste ese ser “imagen” (*tselem*) de Dios? Queda descartado que el ser imagen de Dios se refiriese al cuerpo humano. Para una respuesta acertada hay que tener presente el relato mismo y el pensamiento de la tradición sacerdotal. Primero, como para evitar cualquier malentendido, el texto aclara que el ser imagen debe entenderse en que el hombre es “semejanza (*kidmutenu*)” de Dios; no identidad ni copia suya. A continuación añade como razón para la creación del ser humano (*'adam*), “que mande en los peces del mar y en las aves...”. Y al crearlo, desdoblado en “macho y hembra”, le da como única orden “Sean fecundos y multiplíquense (¿con qué finalidad?), llenen la tierra y sométanla, manden en los peces del mar...” En otras palabras, como Dios domina sobre la creación, así debe hacerlo el hombre. Se la domina trabajándola, haciendo que fructifique, como el hombre mismo “es fecundo y se multiplica”.

En pocas palabras, el hombre fue creado para actuar sobre la creación como una suerte de representante de Dios; lo re-presenta, lo hace presente, administrando la creación que le ha encomendado: “Llenen la tierra, sométanla, manden...”. Pero debe hacerlo precisamente según el patrón propuesto por el relato: de tal modo que se pueda decir del representante lo que se dice de Dios: “cuanto había hecho estaba muy bien” (1,31). Debe hacerlo en diálogo con su Creador. Y como él, descansará el séptimo día, precisamente para dar espacio a ese diálogo

El hombre es “imagen y semejanza” de Dios en cuanto “varón y hembra”, como una unidad desdoblada: “Dios creó al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, *varón y hembra los creó*” (v.27). Ambos a su imagen. Eso significa que hay algo en esa dualidad que lo hace imagen de Dios. Para descubrirlo se deben tener presente los versículos que enmarcan esa afirmación central: “...que manden en los peces del mar y las aves del

cielo...” (v.26), y “los bendijo diciendo, ‘Sean fecundos y multiplíquense, cubran la tierra y sométanla...’” (v.28). Lo que tienen en común es hacer que la creación se desarrolle, que continúe. La “creación” no es estática, sino dinámica. Lo iniciado por el Creador debe continuarlo el hombre, debe extenderlo –todos los hombres (sean fecundos).

No es un mundo que está simplemente a su disposición, sino que le ha sido dado al hombre para dominarlo. Son notorios los términos usados por el autor para describir esa dominación: *kabash* y *radah*, ambos propios del mundo político. El hecho de ponerlos consecutivamente, además de ser términos casi sinónimos, es la manera semítica de enfatizar la idea expresada. *Kabash* denota subyugación, tener bajo control, como a un esclavo. *Radah* denota el dominio o reinado de un rey sobre vasallos y extraños. Y así como reyes extraen tributos de sus súbditos, así el hombre debe extraerlos de la creación. Por cierto, no como lo entienden muchos hoy, como una simple explotación sin límites de los recursos naturales, pues el relato mismo exige que sea a imagen de Dios, y que su actuar pueda calificarlo Dios como “y vio que era bueno”.

Por tanto, en Gén 1 el trabajo es aquello a través de lo cual el hombre se realiza como humano. No se trata de un castigo. El trabajo es desarrollo de la creación. Y lo será en la línea con el Creador cuando pueda decirse “y vio que era bueno (*ki tov*)...”.

Puesto al inicio de otros muchos relatos de la historia de Israel, este mito de los orígenes, resulta ser una interpelación y un cuestionamiento a ese pueblo: la creación ha sido buena, el hombre debía desarrollar lo que le fue encomendado como “bueno”, pero... ¿qué ha hecho? La historia de Israel, que la escuela sacerdotal escribe después de la catástrofe de inicios del siglo VI a.C., muestra otra realidad: ha fracasado, ha sido infiel al encargo divino. El reto ahora es conversión, volver al cauce marcado por Dios y serle fieles. Es el llamado de Dios a través de los profetas.

Génesis 2

El segundo relato de creación está escrito desde la perspectiva del pequeño mundo de campesinos, pastores y agricultores. En esta tradición el trabajo era un tema –no así en Gén 1.

Es notorio que el relato de la creación en Gén 2 empieza con la siguiente observación: “No había aún en la tierra arbusto alguno del campo, y ninguna hierba del campo había germinado todavía, pues Yahvéh Dios no había hecho llover sobre la tierra, *ni había hombre (‘adam) que labrara el suelo (‘adamah)*” (v.5). En efecto, el hombre es puesto en el jardín “para que lo labrase y lo cuidase” (2,15), es decir, Dios le da un doble encargo. El hombre debe trabajar (labrar) el jardín, lo que supone manejar la naturaleza para hacerla fructífera. Pero, también debe cuidar el jardín de cualquier cosa que amenace destruirlo, debe ejercer una vigilancia protectora de ese mundo en el que ha sido puesto; no destruirlo ni permitir

que sea destruido por terceros –lo que nos acerca al preocupante tema ecológico. En pocas palabras, la finalidad del hombre, según este relato, está en función de la tierra, es decir es el trabajo. En ello se realizará como creatura de Dios.

El autor entiende que el trabajo ha sido desde el inicio parte de la dignidad del hombre, y es el camino a su realización como humano. ¡Ya antes de la famosa “caída”! Es un encargo de alguien que trabaja (Dios: alfarero, jardinero) a otro que trabaje. El trabajo no es entendido como una simple “ley de la naturaleza” o un “ciego destino”, sino que es voluntad de Dios, y lo es con un designio. Por tanto, trabajar es obedecer a Dios, y eso es servirlo.

La creación ha sido puesta a su servicio: vegetales para que los “puedas comer” (v.16), y animales (a los que pone nombre: propiedad suya) para que sean “una ayuda” para él (v.18). Al no encontrar a los animales como ayuda “adecuada”, dice el relato, es que Dios decide crear una mujer, la cual sí reconoce como tal pues “Esta sí es hueso de mis huesos, carne de mi carne” (v.23). Esta será su compañera, y “ayuda adecuada” (v.20). Se sobrentiende que lo será en todo, incluido el trabajo. El trabajo que realice el hombre es para su provecho, no para Dios.

De lo dicho se desprende que nunca hubo un paraíso sin trabajo. El trabajo es un aspecto esencial del ser “humano”. El hombre es responsable de asegurarse que el mundo dado por Dios sea fructífero y que no sea dañado –y con ello, que la razón de ser de ese mundo no sea pervertida, pues ha sido creado para el hombre, para asegurarle lo necesario para su vida. El jardín ha sido creado para el hombre y le ha sido dado gratuitamente. Por eso Israel entendió siempre que la tierra es de Dios, no de los israelitas en calidad de propiedad privada. Y por lo mismo se estableció el Jubileo, para que cada 49 años toda la tierra sea “redimida”, es decir, se cancelen las deudas, la tierra sea puesta a disposición de todos, y nadie se quede sin tierra que trabajar (Lev 25,10-13).

Más aún, el relato sugiere que todo ser humano tiene un natural derecho al trabajo, o visto desde el lado hebreo, una persona sin trabajo, para el escritor bíblico, no sería la persona creada y deseada por Dios. En el mundo bíblico sapiencial, como veremos luego, el problema del no-trabajo cae bajo la categoría de ociosidad, y es criticado como tal.

Ambivalencias

Los dos relatos de la creación dejan la clara impresión que Dios dejó la creación inconclusa, encomendando precisamente al hombre dominarla y cuidarla, de manera que se realice estando a su servicio. El hombre es responsable de su progreso, y de que éste sea positivo, no destructivo, que forme comunidad y no enemistad. Y esa comunidad, producto del trabajo comunitario, se realiza en la medida que recuerde que es creatura y no Dios. El hombre es responsable de su mundo, de hacer como Dios –no hacerse dios-: que de todo lo que haga se pueda decir que “era bueno”. El hombre es presentado como “partner” de Dios.

Los resultados del trabajo de Caín y Abel trae consigo frutos fatales, como la envidia fratricida: ¡la intolerable competencia! ¿Cuál es más “agradable a Dios”? Cuando la competencia lleva a ver al otro como a un contrincante, que impide ser el primero, fácilmente conduce a buscar cómo eliminarlo; el hermano se convirtió en un rival. Es el otro lado del trabajo: si bien es progreso, afirmación de la dignidad humana, también arriesga transformar al hombre en homicida. ¡Es algo que vivimos claramente hoy con el neoliberalismo!

El progreso es bueno y necesario, pero tiene sus límites, cuyo traspaso la historia ha mostrado que termina siendo destructivo, incluso homicida. Esto lo ilustra magistralmente el relato de la torre de Babel: se unen esfuerzos y, con los avances tecnológicos (ladrillos cocidos), se quiere llegar hasta “la cúspide en el cielo” y así tomar el trono de Dios. En lenguaje muy humano oímos en ese mito a Dios reconocer que “ahora nada de cuanto se propongan (los hombres) les será imposible” (11,6b). Es el reto de repensar el progreso en términos del beneficio real para la humanidad, en lugar de pensarlo en términos de la soberbia humana (o de un grupo dominante!) que domina y explota a los demás. Es un reto repensar si lo sacrificado en el altar del progreso no está destruyendo la creación misma, la naturaleza y su armonía.

El paraíso perdido: Gén 3

Hay un aspecto del trabajo que tradicionalmente es asociado con él: el relato de la tentación de la serpiente. De ahí se tejió el mito de la supuesta vida paradisíaca, sin trabajos ni penurias, previa a la caída. Esta idea (pues eso es) no la avala el texto bíblico. Ninguno de los dos relatos de creación describe las condiciones de vida en un (supuesto) mundo paradisíaco. Génesis 3, además, no es una crónica histórica, sino un mito. Este relato quiere responder a las preguntas profundas por las dificultades y frustraciones en la vida, las limitaciones humanas. El mensaje es básicamente que las penurias en la vida son resultado del “querer ser como Dios”. Esa arrogancia nos arroja “del paraíso” hacia “la miseria”. Como acotó G. von Rad, el autor estaba exculpando a Dios: la culpa es del hombre, no de Dios.

Dios había creado la tierra, y luego en ésta “plantó un jardín” en el cual colocó al hombre (2,8). El jardín “en Edén” (2,8) o “de Edén” (2,15; 3,23), es un lugar separado dentro de lo que es la tierra (*‘erets*). En éste lugar imaginario se concentra el relato. Es de ese jardín que, tras ceder a la tentación, el hombre será expulsado. La tierra cultivable fuera de ese jardín le será hostil, será suelo que junto con los frutos “producirá espinas y abrojos”.

Recordemos que Dios puso al hombre en el jardín “para que lo cultivase y lo cuidase” (2,15), es decir que desde el principio tenía el hombre que trabajar la tierra. ¡No era un paraíso de un *dolce far niente*! Edén significa “delicia” –que contrasta con lo áspero y duro de la tierra fuera de Edén.

Lo maldecido no es la tierra (*'erets*) como tal ni los frutos, ni el trabajo ni tampoco el hombre, sino la tierra *cultivable* (*'adamah*) que para el hombre se muestra difícil, no se deja fácilmente domesticar por él, por lo que da sus frutos solo con la laboriosidad del hombre. Es la relación entre el hombre y la tierra, relación en la cual el hombre depende de la tierra, pues de allí proviene su sustento. Por eso la maldición destaca el aspecto laboral: “maldito será el suelo (*'adamah*) por tu causa; con dolor comerás de él todos los días de tu vida, espinos y cardos te producirá y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra (*'adamah*)...” (v.17-19). Antes el trabajo era sin esfuerzo, ahora causa fatiga. La maldición se manifiesta en la pobreza de los frutos: espinas y cardos.

La tierra, de la cual ha sido hecho el hombre, se resiste a su dominación. No es enemistad, sino falta de armonía, rota por el hombre al no reconocer su dependencia como creatura de Dios. Se le resiste porque se ha opuesto Adán al creador; recusó su ser creatura al querer hacerse como Dios. Le es agreste el fruto de su trabajo (que lo alimenta), porque Adán quiso apropiarse del fruto prohibido.

Después que “exterminó todo ser que había sobre la tierra” (7,21ss), con Noé, valorado como “el varón más justo y cabal de su tiempo”, que “andaba con Dios” (6,9), y todos los salvados en el arca, Dios reinicia la vida sobre “la faz de la tierra”. Pronuncia sobre él la bendición y le encomienda lo mismo que hizo al inicio: “Dios bendijo a Noé y a sus hijos, y les dijo: Sean fecundos, multiplíquense, y llenen la tierra... y domínenla” (9,1s.7; cf. 1,28). Fundamental es el pacto universal: “*Nunca más volveré a maldecir el suelo por causa del hombre... ni volveré a herir a todo ser viviente como lo he hecho. Mientras dure la tierra, no cesarán la siembra y la siega,...*” (8,21s).

Apreciación del trabajo

Por más precientíficos que sean los textos bíblicos, su valor radica en presentar el trabajo en relación a sus efectos para el hombre y la sociedad. En el trabajo el hombre afirma su identidad como humano. El trabajo es para el bienestar del hombre, no un fin en sí ni al servicio de un dios llamado progreso, ciencia, o tecnología. La visión bíblica es humanista. Y es que los textos bíblicos son productos de *experiencias vividas y reflexionadas*, puestos por escrito para servir de pautas. Génesis pone en evidencia lo que sucede cuando la creación es abusada, cuando el encargo de dominar y ser constructivo se realiza al margen de Dios o queriendo suplantarle.

En reflexiones posteriores se entiende el trabajo como bendecido por Dios. Es lo que afirma la tradición deuteronomista: “Durante siete días celebrarás la fiesta solemne en honor de Jehová, tu Dios, en el lugar que Jehová escoja, porque te habrá bendecido Yahvéh, tu Dios, en todos tus frutos y en todas las obras de tus manos, y estarás verdaderamente alegre” (Dt 16,15). “Acontecerá que si oyes atentamente la voz de Yahvéh, tu dios, para guardar y

poner por obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, también Yahvéh, tu dios, te exaltará sobre todas las naciones de la tierra... Bendito serás tú en la ciudad y bendito en el campo. Bendito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra, el fruto de tus bestias, la cría de tus vacas y los rebaños de tus ovejas” (Dt 28,1ss). “Tú (Dios) te ocupas de la tierra y la riegas; en gran manera la enriqueces. Con el río de Dios, lleno de aguas, preparas el grano de ellos cuando así la dispones. Así la preparas: riegas sus surcos, haces correr el agua por sus canales, la ablandas con lluvias, bendices sus renuevos” (Sal 65,9s).

El séptimo día será para ti sábado

Génesis 1 relaciona el trabajo con el descanso; inclusive lo pone de relieve: el descanso se debe a una necesidad intrínseca del hecho de trabajar durante “seis días” –no al revés. Es con esa nota que termina el relato sacerdotal de creación. El hecho de que se estipule un día de descanso denota la importancia concedida al trabajo, y que sea al final de la semana y que se le relacione con Dios, significa que el trabajo también está relacionado a Dios.

El descanso debe ser total, “ningún trabajo” debe ser realizado. Es descanso para todos, incluidos “tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva, tu ganado” (Ex 20,10). Es notorio que Ex 31,15 estipula que quien trabaje en sábado debe morir!

Luego se estipuló que “Cada siete años harás remisión. En esto consiste la remisión: perdonará a su deudor todo aquel que haya prestado algo de su pertenencia” (Dt 15,1s). Es el “descanso” o “cese” de las deudas. Y finalmente se establecerá el año de jubileo, cuando todo debe revertir al estado inicial dando por “redimidas” las posibles deudas pendientes, de modo que todos retomen sus tierras. El jubileo será el sábado más grande, al final de cada ciclo (7) de siete años, o sea cada quincuagésimo año (Lev 25).

Otras consideraciones

En el resto de los escritos del AT, el trabajo no es tema. Se asume como parte natural de la vida. Pero, sí aparecen, especialmente en boca de profetas, advertencias sobre el abuso del trabajo ajeno: la explotación, la injusticia. El tema de los pobres y la atención prestada a los esclavos y siervos en general, es un aspecto fundamental para nosotros, dada la visión actual del trabajo. Valgan aquí unas pocas pinceladas.

Dos principios marcaron la vida laboral en Israel. El uno es que todos tienen derecho a comer de los frutos de la tierra. El otro principio es que el empleador debe pagar puntualmente al empleado: “el mismo día le darás su salario, y el sol no se pondrá sobre esa deuda...” (Dt 24,15; Lev 19,13; Mal 3,5; Tob 4,14). “¡Ay del que edifica su casa sin justicia y sus salas sin equidad, sirviéndose de su prójimo de balde, sin darle el salario de su trabajo!” (Jer 22,13)

Son conocidas las críticas de profetas en particular a los ricos que viven a costa del trabajo de otros, o los que llevan una vida de fasto mientras el pueblo pasa miseria (Am 4,1; 6,3-6; 8,4-6; Miq 2,1-5; 3,9-12; etc.).

2. La literatura sapiencial.

La literatura sapiencial merece un apartado especial porque está marcada en mayor o menor grado por el pensamiento griego, presente ya nítidamente en la cultura palestina desde la conquista de Alejandro Magno (332 a.C.). Su intención es fundamentalmente pedagógica, basada en la observación y la reflexión –por eso es calificada como “sapiencial”, propia de sabios.

En los círculos sapienciales se contraponen el sabio al necio. “El principio de la sabiduría es el temor de Dios” (Prov 1,7).

La reflexión sapiencial judía ve toda actuación humana desde la correlación entre causa y efecto, es decir entre acción y consecuencia, entre esfuerzo y progreso, entre pereza y pobreza. Los sabios “constatan un principio general según el cual a la laboriosidad sigue el éxito, mientras que la pereza se hunde en la pobreza”. Se resume en el refrán “Mano perezosa empobrece, mano laboriosa enriquece” (Prov 10,4).

Contra la Pereza

La pereza es tema frecuente especialmente en el libro de Proverbios. “Pasé junto al campo del hombre perezoso, junto a la viña del hombre insensato, y vi que por toda ella habían crecido los espinos, ortigas habían cubierto la tierra y la cerca de piedra ya estaba derribada. Miré, y lo medité en mi corazón; lo vi, y aprendí la lección: un poco de sueño, dormitar otro poco y otro poco descansar mano sobre mano, y te llegará la miseria del vagabundo, la pobreza del mendigo” (Prov 24,30-34). O dicho más sucintamente, “La pereza hace caer en profundo sueño; el holgazán pasará hambre” (Prov 19,15).

Honor

El honor era un valor supremo en aquellas sociedades. “¿Has visto un hombre cuidadoso en su trabajo? Delante de los reyes estará, no delante de gente de baja condición” (Prov 22,29). El trabajo honra, no así el ocio –en eso contrasta la apreciación semítica del trabajo de la apreciación griega. El trabajo hace transparente el origen de sus posesiones, y por ser producto del esfuerzo honesto trae honor. “Más vale el que trabaja y anda sobrado, que el que alardea pero carece de pan” (Sir 10,27); el valor en cuestión es el honor.

Frutos del trabajo

Es evidente que el trabajo produce frutos satisfactorios, aunque vengan con espinas y cardos. “Todo trabajo rinde beneficios, mas la charlatanería solo indignancia”, lee el refrán en Prov 14,23. “La mujer agraciada obtiene honores; los diligentes obtienen riquezas”, se advierte en Prov 11,16. “Los proyectos del diligente traen ganancias, los del alocado solo indignancia” (Prov 21,5).

La tentación de la codicia

Ben Sirá advierte lúcidamente sobre lo absurdo de preocuparse por acumular bienes: “Hijo, no te ocupes en tantos asuntos, porque si así actúas no saldrás bien parado... Bien y mal, vida y muerte, pobreza y riqueza vienen del Señor... Hay quien se hace rico a fuerza de trabajar y ahorrar, y ésta es la parte de su recompensa. Cuando dice, ‘Ahora ya puedo descansar, y disfrutar de todos mis bienes’, no sabe cuánto tiempo pasará hasta que muera y tenga que dejarlo todo a otros.... No digas ¿Qué necesito? o ¿qué bienes podría conseguir todavía? No digas, Ya tengo bastante, ¿qué mal puede sucederme ahora? Día de bienes, olvido de males; día de males, olvido de bienes” (11,10-25). Y recuerda que “El que amontona a costa de sí mismo, para otros amontona; de sus bienes otros disfrutarán” (14,4)

Jesús ben Sirá, autor del libro conocido como Eclesiástico, mostró una notoria preocupación por aspectos sociales. Tres aspectos relacionados al trabajo absorbieron su atención: las actitudes de los ricos hacia los pobres, el trato de los siervos, y el justo jornal a los labriegos. Ben Sirá comparte una serie de advertencias en relación a las posibles actitudes de los ricos hacia los pobres: “El rico ofende y encima se irrita; el pobre es ofendido y encima se excusa. Si le eres útil te utilizará; si eres torpe te abandonará. Si tienes bienes se juntará contigo, y te exprimirá sin mucho esfuerzo. Si tiene necesidad de ti tratará de engañarte, te sonreirá y te dará esperanzas...” (13,3-7).

En lo tocante a los salarios, Ben Sirá advierte severamente que “Mata a su prójimo quien le roba el sustento; quien no paga el sueldo al jornalero derrama sangre” (34,22).

NUEVO TESTAMENTO – CRISTIANISMO

En el NT no encontramos una “enseñanza sobre el trabajo” como tal, ni una expresa doctrina social para el mundo laboral. Este no es tema en el NT, aparte de algunas pasajeras recomendaciones. Cuando en el NT se habla del trabajo es básicamente desde la perspectiva de éste como medio de sustento para la vida. De aquí se desprenden *actitudes fundamentales*, que pasaré a resaltar. Empecemos por Jesús, el maestro y paradigma para el discípulo.

Jesús de Nazaret

La tradición no nos ha legado mucho sobre el tema del trabajo en la predicación de Jesús. Las referencias que tenemos son más bien incidentales. El trabajo como tal no parece haber sido tema. Jesús lo veía como algo natural, parte integral de la vida, por eso se refería a él, y de él sacaba ejemplos para hablar del reino de Dios, que era su tema. Muchas de las parábolas se inspiraron en el mundo laboral.

Jesús probablemente asumió la misma apreciación del trabajo que era corriente en el Judaísmo de su tiempo. No encontramos críticas o instrucciones sobre el mundo laboral como tal. Lo que sí encontramos es observaciones sobre ciertas actitudes relacionadas al trabajo.

Exaltaba la fidelidad en el trabajo encomendado por otros: Mt 21,28ss (los dos hijos enviados a trabajar); 24,45ss (el administrador fiel); Lc 16,1ss (el administrador deshonesto); 16,10ss (el siervo inútil); 17,7ss (el siervo fiel); 19,12ss (los administradores de las “minas” encomendadas).

Los obreros laboriosos merecen ser premiados, los ociosos castigados. En la parábola de los talentos (Mt 25,14ss), el perezoso, que se excusa por no producir, es castigado, en cambio los trabajadores son alabados y premiados.

Cuestión de prioridades...

En relación al trabajo, el texto que destaca es Lc 12,22-31/Mt 6,25-33. Los bienes materiales que se necesitan para vivir son en realidad mínimos: alimentos, vestimenta, vivienda. Más allá de ello se va entrando en lo superfluo. Pero, siendo el hombre como es, ambicioso y con ánimo de buscar comodidades, se suele abocar a lo superfluo, al punto de caer en una suerte de idolatría –algo que nos resulta muy familiar.

Desde la perspectiva bíblica, esa angustia por los bienes es resultante de miedos e inseguridades, propia de paganos (Lc 12,30; Ef 5,5; Col 3,5). Es falta de confianza en la providencia divina. En esta línea se ubica la petición de la oración de Jesús: “Danos hoy/cada día el pan necesario” (Lc 11,3 Q)”. Es el pan necesario para la subsistencia lo que se pide; no la abundancia ni la riqueza.

¿Cómo no evocar aquí el episodio de Jesús en casa de las hermanas Marta y María? (Lc 10,38-42). La preocupación de Marta, “atareada en muchos quehaceres”, en lugar de sentarse a escuchar a Jesús, ilustra la exhortación “Busquen, más bien, el reino de Dios (y su justicia), y todas estas cosas (qué comeré, con qué me vestiré) les serán dadas por añadidura” (Lc 12,31).

Si el trabajo es para cubrir las necesidades fundamentales personales y compartiendo, las de otros, no debe tener como objetivo *acumular* riquezas. Por lo mismo se critica, si no se condena, la acumulación y abundancia de bienes que no es compartida, es decir la avaricia.

En Lucas leemos la advertencia: "Cuidense de toda avaricia, porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee" (12,15). Para ilustrarlo relata la parábola del rico necio: "Los campos de un hombre rico habían producido mucho, y pensaba dentro de sí, diciendo: "¿Qué haré, porque no tengo donde guardar mis frutos?". Y dijo: "Esto haré: derribaré mis graneros y los edificaré más grandes, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: 'Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; descansa, come, bebe y regocíjate' ". Pero Dios le dijo: "Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma, y lo que has guardado, ¿de quién será?" (v.16-20).

PABLO

San Pablo, judío convertido, de formación rabínica e imbuido en el mundo helénico, destacó algunos aspectos del trabajo.

1Tes 4,11s: "Procuren tener tranquilidad, ocupándose en sus negocios y trabajando con sus manos de la manera que les hemos mandado, a fin de que se conduzcan honradamente para con los de afuera y no tengan necesidad de nada". Es decir, vivan en libertad y con honorabilidad. Luego advertirá en la carta sobre los que no quieren trabajar, que hace eco al Sal 128,2: "Del trabajo de tus manos comerás, ¡dichoso tú, que todo te irá bien!" En esa misma vena se lee en 2Tes 3,6-12 (leerlo).

Pablo insiste que no se debe ser una carga para otros. Tampoco deben serlo los dedicados a la evangelización. Si es posible, deben procurarse con sus manos su sustento, como hizo Pablo quien se presentó por eso mismo como modelo.

En diferentes ocasiones se exhorta a la solidaridad con los pobres de la comunidad. El cuadro idílico es aquel presentado como paradigma por Lucas en Hechos 2 y 4: los convertidos "ponían todo en común" de manera que "no había entre ellos algún necesitado" (2,45; 4,34). Un ejemplo notable por su amplitud es la colecta que los cristianos de diversas comunidades hicieron en favor de los hermanos en Judea, que pasaban una plaga de hambre (1Cor 16,1ss; 2Cor 8-9; Rom 15,26ss).

A tal punto es tomado en serio el que el fruto del trabajo debe servir también para compartir, que en 1Tim 5,8 se advierte que "si alguno no provee para los suyos, especialmente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo".

Especial atención recibe la justicia en cuanto a salarios (Mt 10,10; 1Cor 9,7-14; 1Tim 5,18; 2Tim 2,6). Fuerte es el juicio emitido en la carta de Santiago 5,14.

En cuanto dependencia de uno sobre otro, de siervo sobre señor, se supone que la relación sea de compasión, contraria a la indiferencia (ej. los ricos indolentes mencionados por Lucas). Supone actitud de amor.

Como vemos el cristianismo no plantea una visión nueva del trabajo, excepto que resalta la sensibilidad social, el sentido de solidaridad con los pobres, fiel al principio fundamental del amor fraterno.

EPILOGO

La realidad laboral en tiempos bíblicos era muy diferente de la nuestra. El alcance y el sentido del trabajo como lo conocemos no se lo podían siquiera imaginar en ese tiempo. Eso es indiscutible. Pero, un estudio del trabajo como tal desde la perspectiva bíblica permite entrar en el ámbito de la ética laboral. Y es que los textos bíblicos son productos de experiencias, muchos siglos de situaciones y experiencias vividas y reflexionadas. Son escritos desde la vida y para la vida. Advierte de las maldiciones de hacer del trabajo un fin en sí mismo, con sus actitudes colaterales como la codicia, la envidia y la avaricia. “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si se pierde a sí mismo?” (Mc 8,36). Advierte sobre el peligro de la deshumanización del trabajo.